

## **El primer partido**

Cada nuevo mundial de rugby incrementa el número de adeptos a este rudo deporte y el constante desarrollo de los Pumas, con méritos internacionales crecientes exacerba aún más la atracción y el fanatismo de los rugbiers.

Alguien puede especular que escribir estas líneas en estos tiempos es pues una muestra de oportunismo. Podría serlo si su publicación generara fama, ganancias o prestigio.

En realidad, debo romper cierta vergüenza largamente ocultada, en la esperanza de que frágil memoria de los testigos ocasionales y el avance progresivo del maldito alemán neuronófago hayan hecho su eficaz trabajo.

Los que hoy podemos decir con dudoso orgullo que empezamos a jugar al deporte antes incluso de que muchos de nuestros seleccionados nacionales nacieran (incluso varios surgidos décadas después en nuestro propio club), podemos recordar otras épocas con otro estilo de juego (a veces y sólo cuando queremos, liberadas ciertas trincas mentales por el alcohol o la añoranza).

De mi propia historia puedo referirles el inicio mismo. Si disponen de algún minuto sin apremios y si tienen una copa de vino a mano, paso a contarles ...

El rugby no era una actividad popular, ni siquiera era muy conocida. No se transmitían los partidos por radio, menos por la televisión (todavía en Blanco y Negro). Sólo ocasionalmente se mencionaba a lo Pumas, como un grupo corajudo y voluntarioso, pero de escasa relevancia internacional. Algo para entendidos, descendientes de británicos o miembros de un determinado sector social, colegios particulares o clubes tradicionales. Los clubes eran dispersos y lejanos, donde llegar era una aventura de viajes en tren y largas caminatas; ¡qué nos iban a llevar en coche!. Las canchas eran, mayoritariamente, amplios potreros desnivelados, con demarcaciones de cal apagada, desleídas por muchas lluvias, en las que un veterano árbitro improvisado adivinaba las líneas, desde la menor distancia a la pelota que su abultada panza y nicotizados pulmones permitían alcanzar.

Más allá de alguna breve lección paterna de “pase hacia atrás” con la deformada pelota oblonga y los rudimentos del tackle, practicado con los hermanos menores en el parque trasero de la casa o la parte baja de la pileta, no teníamos idea, nuestros viejos tampoco.

Muchos de nosotros empezamos a jugarlo al entrar al Liceo, tal fue mi caso.

El rugby era materia de los dos primeros años, con una clase quincenal, que se dictaba sí y sólo si la caprichosa meteorología bonaerense y los más caprichosos antojos (o esporádicas asistencias) de De los Santos se conjugaban. Probablemente incidieran otras cuestiones astrológicas fuera de nuestro conocimiento. Relato lo que sé.

Esas particulares circunstancias estaban envueltas en una serie de eventos que tornaban más particular el hecho mismo del rugby.

Las divisiones agraciadas (desde la óptica de los escasos adherentes al desgaste físico y la descarga violenta de energía) se encolumnaban en una larga marcha hacia la Escuela Naval. Primero atravesábamos los despojos y las ruinas de los talleres y paños de la antigua Base Naval Fluvial, que subsistían detrás de nuestro Liceo. Incluso pasábamos cerca de la jaula de una compañía de perros de guerra, que nos daba oportunidad de hacerlos enfurecer tirándoles piedras.

Luego, cruzábamos el puente flotante de pontones para trasponer el canal “W” (W de West) que separaba ambos institutos y servía además de reparo y amarradero de la flota de ferries, lanchas de pasaje y torpederas que hacían los servicios de traslado entre Berisso y Ensenada y las instalaciones navales. Una especie de dársena fluvial al estilo del puerto de frutos de Tigre.

## *El primer partido de rugby*

Finalmente llegábamos a la Escuela Naval, un complejo de prolijas calles arboladas y blancos edificios modernos de cemento. Más silencio, orden y marcialidad.

El fondo de esa parte de la isla era un extenso complejo deportivo, con una enorme pileta olímpica cubierta, canchas de muchos deportes, pista de atletismo y hasta tribunas de hormigón, siempre despobladas.

La cancha de rugby era un sueño. Un mullido colchón de pasto verde y húmedo, rodeado de dos filas de altos abetos, que no solo la separaban del resto sino que la ocultaban de las vistas indiscretas.

La inmensidad del lugar y los múltiples recovecos del camino transitado, eran la delicia de infinidad de desertores.

Después de tan largo tránsito de ida y en previsión del igualmente largo (obviamente) pero más agotador recorrido de regreso, la clase quedaba reducida a un ratito.

En filas enfrentadas ensayamos colisiones y choques varios, la mecánica antinatural del tackle en sus varios perfiles de impacto y esas eternas corridas de línea, de ida y vuelta a ninguna parte, sólo pasando la guinda hacia atrás.

Todo eso producía mayores bajas por lesión o cansancio, las que se perdían en la frondosa arboleda (alguno para despertar con el frío de la puesta del sol).

Transcurrido el horario previsto o disminuidas hasta la inviabilidad de una ejercitación productiva, el profesor De los Santos, encabezaba, cargando las despellejadas bolas de cuero cosido, el éxodo de retorno. Curiosamente, las dobles filas se engrosaban de vigorosos y despabilados cadetes, que no llevaban las rojas frutillas de los raspones en codos o rodillas ni los verdes lamperones del césped en las remeras y tricotas. Lucían incluso la regular raya lateral en su pelo alisado.

Pocas excursiones similares y llegamos, sin advertirlo al Torneo Interno de fin de año.

Nuestros hijos, muy bilingües ellos, hoy dirían “los Sports”. Lo mismo, aunque más telúrico lo nuestro.

Descubrimos ese torneo en medio de la Semana del Cadete como la competencia anual entre promociones (sorry “houses”) luciendo sus colores (“colors”). Los años superiores (2° a 5°) competirían entre sí, mientras que para los bisoños de primero, tiernos novatos preadolescentes, era una competencia interdivisional.

Nuestra promoción recibió una camiseta de un curioso rayado vertical negro y blanco, semejante a la chaqueta de un jockey del hipódromo. Las cuatro divisiones se distinguían más fácilmente con chalecos.

Para que nuestros padres se enteraran un poco de nuestra vida naval participaran de esas celebraciones de fin del duro primer ciclo liceano, además de integramos al que sería en adelante nuestro club de exalumnos, se realizaron en el Centro de Graduados.

Terreno recientemente ganado a las aguas del Río de la plata, con rellenos obtenidos de las demoliciones de las autopistas porteñas y otros sedimentos de incierto origen, admiramos las nuevas construcciones que se erguían junto a un viejo hangar de chapa semicircular de la posguerra (tipo Q-oncet).

Parte de nuestro rol fundacional en el club, nuestra participación consistía en recorrer la cancha antes de cada partido, llenar los bolsillos de piedras y descargarlas fuera del campo de juego. Progresivamente se hizo menos áspera.

Ese noviembre de 1977, hice mi debut, con los rudimentos adquiridos.

Al separarnos, en equipos, representé a 1° 2° en la inexplorada posición de “Full Back”. Otro profesor, de atletismo, me explicó claramente mi tarea. Consistía solamente en detener a todo contrincante que atravesara nuestra línea con la pelota. Si algún adversario pateaba yo tenía que embolsar la pelota (sin que se me cayera hacia delante) y contraatacar. Era fácil, yo era una especie de arquero. Lo entendí, era la última (o única) defensa, la última barrera al try contrario. No debía ser sobrepasado.

## *El primer partido de rugby*

No parecía difícil, al menos, no lo fue en las pocas clases: defender, embolsar y correr. Ni siquiera había complicados pases hacia atrás, ni patear la incómoda pelota ovalada. Simple. Lo más complicado fue ocultar los nervios del debut (ya me sentía un veterano cadete, todo un hombre) a los ojos de mis orgullosos padres y distraídos hermanos, que con amigos invitados, como otros muchos padres, se acomodaron como espectadores en el borde de la cancha. Había un buen número de público, era todo un acontecimiento.

Corrimos intensamente tras el balón durante un buen rato, sin que el juego prospera mucho entre knocks-on, passes forwards, off-sides y otra enorme cantidad de faltas y errores impronunciados. Traté de seguir los hechos de lejos, desde atrás, desde mi inmensa área grande.

Corrí de lado a lado, acompañando estéril y remotamente el traslado de la pelota. Muchas veces la perdí de vista entre brazos, cuerpos, cabezas y piernas. Rodó, la tomaron, la pasaron, se cayó. Reapareció parida por una montonera o, tras un pitazo del referee, entregada a un minúsculo medio-scrum, para que la tire adentro de un gran cangrejo humano, de andar titubeante y múltiples bufidos. No sabía bien para qué estaba ahí, ya me estaba aburriendo. Quedé, distraído, más lejos de todo.

De pronto, uno de los más grandotes de la otra división salió de un amontonamiento con la pelota bajo la axila. Arrancó una impetuosa carrera y chocó primero a uno y luego a otro de los míos que salieron a detenerlo. En igual secuencia rebotaron hacia atrás en la embestida. Me pareció bien grande y algo enojado el jugador contrario. Muy grande. Bastante enojado.

Tal vez ahí comenzó cierto complejo mío con la altura.

De cualquier modo, ya había visto ya como fracasaban otros ante los topetazos de esa fiera, que era ya muy grande (no lo había notado hasta entonces).

Advertí, más por los gritos de mis compañeros que por voluntad propia que era mi momento. Era la última defensa, el arquero. Debía detenerlo cuando sólo quedaban veinticinco yardas para el in-goal.

Era mi deber. Era fácil.

Corrí hacia él, para interceptarlo, sintiendo como que lo hacía en cámara lenta, como ejecutando la mímica de correr en el lugar. No estaba seguro de querer llegar ...

Él también me vio y, con un amplio frente para entrar a anotar el try, hizo un leve cambio de rumbo que, felizmente, desairó el inevitable choque. Se abrió y me pasó ... yo no tuve nada que ver ...

El rápido alivio físico fue seguido de un inmenso cargo de conciencia, yo sabía que podía haber ido más rápido. La vergüenza crecía con los gritos desde dentro y fuera de la cancha. No me detuve y seguí en la carrera a la agravante mole.

Tenía a un par de metros su inmensa espalda triangular, transpirada y embarrada y veía claramente los afilados taponos de las suelas de sus botines ascender alternativamente frente a mi cara, escupiendo pasto y tierra, en su estela.

Faltaban diez metros para las haches y la humillación era inmensa. Mi momento de gloria nunca había llegado.

Yo debía detenerlo, pero ¿un peligroso tackle de atrás a esas máquinas trituradoras?.

La decisión llegó, irreflexivamente, en el último instante, sorprendiéndome a mí mismo y al público todo.

En un acto de arrojo salvador, me lancé sobre el atacante y lo derribé de cara al suelo, barriéndolo de una limpia patada a los tobillos. Se desparramó en el suelo. El porrazo fue olímpico y en la caída se le cayó la pelota hacia delante, knock-on. Lógicamente, el árbitro pitó eufórico inmediatamente. Yo, sentado en el piso, detrás de mi víctima, apenas me ensucié con tierra el pantalón corto.

No debió pasar mucho tiempo, quizá sólo un par de segundos, antes de darme cuenta que algo raro pasaba. El jadeante referí, llegó corriendo junto a mí blandiendo el silvato con la mano

## *El primer partido de rugby*

levantada. Parado a mi lado gesticulaba gritando algo que no podía entender, al no visualizar su cara, desde abajo, oculta detrás de la barriga. ¡¡Try penal!! ¡¡Try penal!!

El caído se lamentaba en el piso, escondiendo lágrimas de dolor e impotencia. Todos me rodeaban. Los míos y los otros. Curiosamente todos me preguntaban en diferente tono ¿qué había hecho?, tan sorprendidos estaban de que había volteado al monstruo ese.

Pero algo sutil en el ambiente, el leve rumor de la tribuna, la angustia de uno de mis amigos que me zamarreaba sin alegría, me advirtieron de mi error.

Era la tercera regla que aprendía del rugby, las zancadillas no se permiten. Son penal.

Y la cuarta norma, si una falta ex profeso impide un try es try penal, que es muy parecido pero se patea del medio de las haches, más fácil de convertir dos puntos extras (tres en aquellas épocas).

Me paré confuso y dubitativo. No entendía bien todo lo que decían, hablaban y me increpaban a la vez, enojados.

El señor referee me llevó aparte y empezó una severa perorata sobre la corrección y la lealtad y la caballerosidad y las reglas. Me costó seguir sus palabras, entre la respiración forzada y el enojo, hablaba o gritaba con cierta dificultad. Tendía a tartamudear y reiterar las cosas.

Además, yo estaba desorientado, lo miraba francamente a la cara pero no reconocía bien entre sus ojos cuál era el de vidrio y cuál el verdadero.

Parece que estuve mal, muy mal. Me convencí de que era un papelón.

Para colmo, al árbitro debió pensar que yo, al no responderle, le tomaba el pelo o lo que le quedaba, pobre. No era así, pero ya no importa. Me expulsó y en el mismo gesto de que me fuera de la cancha, atinó a preguntarme, desde cuándo jugaba al rugby.

Mi voz debe haber salido suplicante o quebrada, de cualquier modo lo apiadó mi respuesta, “desde que empezó este partido señor”.

-“Bueno, hijo, eso no se hace, tiene usted que tacklear al jugador, no meter la pata. No lo haga más.”

-“No señor, perdone.”

-“¡Vaya, pida perdón a su colega y no se largue a llorar, usted también, eh!”

Nos reunimos en vergonzoso silencio bajo los palos, yo al margen, como un leproso, distanciado por las miradas de reproche de mis compañeros.

Convirtieron y fuimos abajo ocho puntos. No era lo peor.

Ni me animé a mirar a mis padres. Debían estar más compungidos que yo. Para colmo, sus amigos habían llevado a las hijas de nuestra edad, y estaban buenas, re-buenas. Todas estaban buenas para los célibes cadetes.

¡Que lástima que no había una posición más alejada que la de full-back! Gustosamente la hubiera tomado hasta el final del partido para ser menos visible. Inclusive, además de cabizbajo debo haber terminado jugando arrodillado.

Las siguientes jugadas encontraron a nuestro equipo más debilitado moralmente y dividido, participé más veces, tratando de escabullirme en el anonimato del número.

Antes de terminar el juego, en los últimos instantes, una jugada de la línea rival termina superando nuestra defensa, otra vez, me veía ante la obligación de asumir mi rol.

Ahora sabía que tenía un arma menos, en realidad sólo tenía disponible la única que debía usar (y de alguna manera vaga la había practicado con De los Santos), y sólo tenía una sola oportunidad antes de otro try. La suerte, por así llamarla, me había puesto en la vía directa al ingoal.

Esta vez, en la fugacidad de la desesperación, repasé la secuencia que nos habían enseñado. Me agaché, mirando al frente, extendí los brazos a los lados cerrando el camino, y, en el segundo final, cerré los ojos y bajé un poco la frente, arremetiendo con todo mi ser, alma incluida. No me importaba, o mejor dicho deseaba, quedar allí.

## *El primer partido de rugby*

De alguna manera, mi cabeza encajó violentamente entre ambas rodillas, y cayendo hacia atrás por la inercia que el agresor traía, me aferré a sus piernas como una garrapata. No lo soltaría. No. Al menos eso me había propuesto.

La convicción debió ser firme, pues recuerdo haber vuelto al estado conciente fuertemente asido a piernas ajenas, con la cara dolorida entre los pliegos de un transpirado pantalón. Y su dueño, sobre mí, forcejeando por desprenderse. La pelota ya se disputaba en otra parte.

Fea sensación de reingreso a la atmósfera ...

El intenso dolor de cabeza, la embarrada tela del pantalón sobre mi cara y la nube de polvo, sobre nosotros no alcanzaron a disipar de mi mente las imágenes del gaffe anterior.

Pero esta vez, parece que mi intervención fue correcta (claro que no para el otro jugador), al menos ahora los gritos de nuestra parcialidad eran más afables.

No puedo afirmar que la acción me haya agradado, pero esa salvada del final, recompuso en parte mi decaído ánimo.

Igualmente, perdimos ominosamente. A un resultado desfavorable se sumaba la deshonra del juego sucio. ¡Qué humillante!. El único camino al vestuario obligaba a cruzar el jardín donde se reunía la ocasional tribuna.

Salí último, caminando como para atrás, deseando, otra vez, no llegar nunca al encuentro de mis conocidos. Dilaté ese momento todo lo que pude. Desanduve el sendero. No sé si llegué hasta allí o al contrario, todo se me vino encima.

El gordo amigo de mi viejo, contemporizador y afable, seguramente advertido por mi rubor de mis sentimientos, me recibió con una carcajada y la frase matadora de “¡Ja,ja! ¡Nunca te pasaron!”, no sé si eso fue halago o una broma. Sin poder levantar la vista, sonreía nerviosamente.

Mi viejo me palmeó la espalda “No te aflijas, todos se equivocan. Bien por tu garra.” dijo. Tal vez él me perdona, pensé.

Quise, pero no pude explicar mi falta, me enredaba en confusos argumentos, no tenía justificativos.

Hace treinta años que juego rugby. He pasado por todas las instancias del juego, incluyendo entrenador y árbitro. Nunca he olvidado ese momento. No sé cuánto he aprendido a jugar al rugby, pero puedo afirmar que aprendí a tacklear. No sólo llegué a hacerlo bastante bien sino hasta con gusto.

Creo que el derribado, en ambos casos, fue Santiago Franzoni, de 1º 3ª, un gran jugador y amigo. En su proverbial ingenuidad y bonhomía nunca debe haber entendido bien qué pasó para que cayera así, cuando ya me había dejado atrás, la primera vez, ni que tipo de kamikaze lo tackleó la segunda.